

RESEÑAS

El comunismo en la encrucijada

Adam Schaff, Barcelona, Grijalbo,
Col. Crítica, 1983, prólogo de Manuel Azcárate.

Adam Schaff es un autor ampliamente conocido por el lector de lengua castellana, sobre todo por sus trabajos de la metodología de las ciencias, la filosofía marxista de la personalidad humana y la lingüística, destacándose no sólo por sus vastos horizontes intelectuales, sino también por la perspicacia y la agudeza de sus reflexiones. La fuente teórica de sus reflexiones se ubica en el marxismo abierto y humanista, llamándolo un pleonismo, porque "el marxismo no puede ser entendido de otro modo a la luz de sus propios postulados metodológicos, mientras que el denominado marxismo dogmático supone una deformación". De acuerdo con esta premisa, el autor de *Marxismo e individuo humano* considera indispensable seguir desarrollando el legado de los clásicos del marxismo a través de la confrontación con la praxis, enriquecer sus alcances con nuevas aportaciones teóricas derivadas de las experiencias sociales más avanzadas y, si es necesario, emprender modificaciones reconociendo los errores cometidos.

¿De qué trata el presente libro, qué actitud interpretativa adopta el autor hacia problemática tan candente, y en consecuencia, cómo apreciar sus análisis? A lo largo de esta reseña trataré de abordar estas tres interrogantes de manera conjunta e intentaré formular algunas críticas de las tesis más controvertidas con el ánimo de discutir las.

Sus reflexiones parten de la constancia de que tanto el mundo capitalista como el socialista están sumergidos en una profunda crisis estructural, tanto más peligrosa que la acompaña el peligro del uso de las armas nucleares por cualquiera de las dos grandes potencias y la amenaza de la desaparición de la vida del globo terrestre.

Respecto a los países capitalistas altamente desarrollados, Schaff estima que dentro de veinte o treinta años deben consumarse allí las transfor-

maciones socio-políticas de carácter socialista. Su convicción se basa en que allí el grado de automatización hará explotar literalmente al sistema socio-económico, y conforme a la tesis de Marx sobre la contradicción creciente entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción (sobre todo, el derecho de la propiedad que las expresa). Es bien cierta su observación acerca de la amplitud de cambio de la esfera de producción y también de los servicios provocado por la automatización, como por ejemplo, la desaparición de oficios enteros, el desempleo a escala nunca antes vista, pero, ¿todo ello tiene que conducir a una catástrofe del sistema, a su derrumbe?, ¿no se manifiesta aquí la secuela del pensamiento economicista, tan violentamente rechazado por el mismo Schaff? La historia del marxismo de fines del siglo XIX y principios de XX está sobrecargada de la carencia en el *crack* automático del capitalismo en base a la aceleración inaudita del desarrollo de las fuerzas productivas y su contradicción inmanente con la relación de producción. Pero, mucho más aventurado parece fijar la fecha de veinte o treinta años para este derrumbe. El antecedente más reciente y más ridículo al respecto fue la predicción de Jrúshov hecha en la tribuna del XXII Congreso del PCUS en 1962 de organizar funerales solemnes para el capitalismo en 1980. Tal actitud suele llamarse en la jerga marxista el voluntarismo, que tantos estragos causó en el movimiento comunista a lo largo de su historia, con enormes costos sociales, políticos, económicos, incluyendo las pérdidas de millones de seres humanos. Y ello Schaff lo sabe perfectamente, tanto más, que lo comprueba en innumerables ocasiones de su trabajo. Repetimos nuestra refutación: el factor económico no puede ser la causa suficiente para llevar a cabo una revolución, en el mejor de los casos sólo puede provocar estallidos violentos de disturbios. Respecto al impacto social de la automatización le faltó em-

prender un análisis más pormenorizado, tomar en cuenta distintas variantes para una futura evolución.

De la lectura del libro se deduce que esta tesis le es indispensable para enfatizar (y lo hace apasionadamente) la correlación que establece con la segunda tesis de su libro, la crisis del movimiento comunista y, sobre todo, la del bloque soviético. *Expressis verbis* declara Schaff que una transformación radical de tipo marxista en el bloque soviético sólo es factible si se produjera una revolución de tipo socialista en unos de los países altamente desarrollados. Entonces la fuerza de atracción y la emanación de un nuevo modelo arrebataría a la burocracia gobernante en el bloque soviético el argumento real de que todo lo demás no es sino utopía. Consecuentemente con esta visión de las cosas, el autor presta el apoyo decidido al movimiento eurocomunista (que incluye también el componente japonés), invitándolo a profundizar su contenido y las conclusiones ligadas a él y llevarlas a la práctica. Para él, el movimiento eurocomunista representa la única alternativa para superar la crisis tanto para los países capitalistas como un nuevo modelo para los países socialistas. ¿Cómo apreciar este punto de vista? Indudablemente, refleja el compromiso ideológico del autor en que la solución de los males que acosan el mundo capitalista y socialista radica en una lucha por desarrollar "una sociedad cuya estructura económica sea de carácter socialista, cuya sobreestructura política sea democrática y cuya esencia sea humanista" (p. 27). El apoyo al movimiento eurocomunista está pues en función con el desarrollo futuro, deseado y no en base a una estricta observancia de la realidad. Al autor no le molestan las contradicciones y confusiones provocadas por esta orientación en el movimiento comunista mundial, el desmoronamiento ni el abandono parcial de sus principales postulados en los países protagonistas de esta tendencia.

Y ¿en cuanto a la perspectiva de ejercer una

influencia radical dentro del modelo soviético? Lo menos que podemos decir es que no está asegurada, dado el carácter hermético y la posibilidad de enclaustrarse en una especie de *bunker*, sobre todo la propia URSS. Las experiencias del pasado comprueban que la sociedad soviética puede vivir en completo aislamiento del mundo externo, en primer lugar del Occidente. A partir de los lejanos antecedentes de la época zarista, existen indicios reales de que tal situación será factible, como por ejemplo, la aniquilación de la sociedad civil, el hermetismo de sus fronteras, el sistema de control de vías de comunicación y el sistema de propaganda capaz —como lo dice el mismo autor— de pasar lo negro por blanco; presentar las formas dictatoriales de régimen por una genuina democracia superior a la burguesa, etc.

Por otro lado, Schaff defiende resueltamente la denominación “socialista” para los países del bloque soviético, considerando que la expropiación de los medios de producción de manos capitalistas a las del Estado cumple el requisito de la definición marxiana de la formación económica de la sociedad. En este punto también parece su interpretación forzada por las razones ideológicas, es decir, la defensa de lo supuesto en contra de lo real. Esta afirmación puede desprenderse lógicamente de su frase: “Si eso no fuese socialismo, no valdrían la pena tantos trabajos” (p. 20). En primer lugar, Schaff da su propia interpretación de las tesis de Marx, respecto a la transición del capitalismo al socialismo por la apropiación estatal de los medios de producción, como la última función del Estado antes de su extinción y la plena resurrección de la sociedad civil. Entonces, la “estatización” de los medios de producción debería ser una fase pasajera entre la propiedad privada y la gestión de los productores directos. Pero vemos que la estatización en la URSS ya data más de 60 años, es decir, la vida de dos generaciones humanas y en los países de las “democracias populares” llega a 40 años. En segun-

do, en el movimiento comunista persistió la clara distinción entre la “socialización” y la “estatización” hasta entrar en los años treinta, es decir, hasta la victoria estaliniana tanto en la propia URSS como sobre los partidos comunistas en todo el mundo. En tercero, la “estatización” no presupone automáticamente el dominio absoluto de la burocracia, puesto que son imaginables distintas formas de gestión estatal sin excluir la participación de los obreros. La “estatización” soviética es *sui generis*; toma esta forma para ocultar los intereses clasistas de la burocracia y las relaciones de explotación. En cuarto, la formación económica de tipo soviético no fue el producto de la maduración del desarrollo socioeconómico en el seno de la formación capitalista, sino el de la toma del poder político, sea por medio del golpe de Estado, como sucedió en Rusia, sea en forma de imposición del modelo en el caso de los países de Europa Central y Oriental a fines de la Segunda Guerra Mundial. Todo esto se dijo con el propósito de demostrar que la llamada por Schaff “formación económica socialista” no resiste la crítica teórica ni práctica, es decir, se presenta como una usurpación. Por ello, la “deformación o degeneración” —para usar el término del autor— es aplicable también a su estructura económica y no sólo a la superestructura política, como la define Schaff. De esta manera, la alienación de la revolución, arma teórica marxiana que magistralmente domina el autor respecto a la esfera política, social e ideológica debe extenderse al campo económico. Sorprende su desdén por lo económico, casi la ausencia en su análisis, como la expresión que ello es lo más fácil para arreglar. Este punto de vista, erróneo desde el principio y problemático, como lo comprueba el fracaso de las “reformas económicas”, sólo se justifica por la tesis *a priori* del carácter socialista de la formación económica soviética.

En su brillante análisis de la alienación de los

aparatos del poder, cabe señalar la omisión de la alienación de los aparatos judiciales que en realidad no son otra cosa que la prolongación orgánica de los aparatos coercitivos, del ejército, los servicios secretos y la policía. Son el brazo legal para sancionar la arbitrariedad del poder con un manto legalista y para proteger al régimen. En el sistema judicial de tipo soviético operan los mismos mecanismos de alienación que en los demás, desde el reclutamiento de sus empleados hasta las normas de actuación.

Igualmente, invita a la discusión la aseveración del autor de que la causa de la alienación del sistema sociopolítico radica en la falta de apoyo de las masas al nuevo régimen, en la ausencia del amplio consenso social desde el principio y hasta nuestros días. Cabe preguntarse, ¿es realmente su causa o más bien la consecuencia de la frustración y la alienación merecida de amplios sectores de la sociedad expresada entre otras, en la privación de sus organizaciones y los medios de defensa y de participación de masas en la vida pública? Uno puede interrogarse: ¿debió ser necesariamente así y no hubo períodos o momentos de la identificación de la sociedad con el Partido y el gobierno? Desde la perspectiva histórica tenemos que reconocer que las transformaciones revolucionarias inmediatamente después de la toma del poder por los partidos comunistas, como por ejemplo, la reforma agraria, la nacionalización de la industria, los bancos, el gran comercio, así como el acceso de las masas a la educación de todos los niveles, a la cultura y la protección de salud, encontraron el apoyo entusiasta de millones de seres humanos. Ello vale también para los intelectuales que expresaron su adhesión al programa de cambios estructurales. ¿No pudo erigirse sobre esta amplia base un régimen verdaderamente democrático, participativo y humanista? Pero posteriormente hubo también períodos de pleno apoyo de la sociedad a la política del Estado-Partido, fuese la Segunda Guerra Mundial en la URSS, fuera

en 1956 en la Polonia de Gomulka y en la Hungría de Nagy o en la Checoslovaquia de Dubcek en 1968. Todo indica que este modelo del socialismo ni se basa sobre el consenso libre de las masas, sobre todo de los obreros, ni pretende obtenerlo por no minar la posición dominante de la burocracia. Schaff identifica muy muy bien el punto clave del modelo soviético, el Partido Comunista y su alienación inmediatamente después de la toma del poder, pero se niega poner un punto sobre la "i", reconocer que ese modelo excluye la participación de las masas, porque no emana de ellas ni está sujeta a su control la posibilidad pacífica del cambio. El Partido Comunista, mejor dicho, sus aparatos, invalidan la autonomía de cualquier otra esfera de la acción humana, ahogan las iniciativas ciudadanas y en su resultado dividen la sociedad en el escasísimo grupo de los "ellos", los privilegiados, y el de "nosotros", los parias.

En otro renglón de cosas, hay que precisar la apreciación de Schaff sobre los disidentes en la URSS de que "no son sino un exiguo estrato de los intelectuales predominantemente antisocialistas" (p. 147). Los documentos accesibles en el Occidente atestiguan que hay disidentes obreros, campesinos koljosianos, hasta militares de carrera, así como la orientación "antisocialista" en que militan nacionalistas, socialdemócratas y netamente marxistas. También debe anotarse que más bien son los intelectuales quienes logran despertar mayor resonancia en el extranjero, por tener contactos con los medios de comunicación o simplemente por dominar las formas de expresión más resonantes. En todo caso, el número relativamente reducido de los disidentes en la URSS se presenta como la cima de un *iceberg*, en lo que se refiere al descontento social y como una espina moral en la realidad soviética por sus formas de represión.

Respecto al último capítulo del libro "La lección polaca", escrito antes de la imposición del esta-

do de guerra, varias aseveraciones del autor despiertan una polémica. Nos limitaremos a las más "provocativas", a nuestro juicio.

Sin lugar a dudas, amerita un debate su punto de vista de que los acontecimientos polacos del 1980-81 no constituyeron un viraje hacia un socialismo democrático que hubiera podido "contagiar" a todo el bloque soviético. No se trata aquí de constatar que la solución interna por la fuerza del golpe del general W. Jaruzelski dio la plena razón a sus tesis, sino de indagar sobre las potencialidades transformadoras de la revolución en Polonia de entonces. Así presentada la problemática, tenemos que reconocer que los sucesos polacos tuvieron el carácter esencialmente socialista como, por ejemplo, la formación de sindicatos libres y autogestionarios, la autoorganización de la sociedad civil al margen de las prácticas usuales de la *nomenklatura*, la democratización de la superestructura política, incluyendo al Partido Comunista, la autogestión de los trabajadores en la vida económica y el florecimiento de las libertades civiles. Parece que Schaff minimiza estos procesos y mucho más sus alcances reales. Niega rotundamente la posibilidad de transformar radicalmente el modelo soviético, tanto en Polonia como en el resto del bloque. ¿No existe aquí acaso una contradicción con la tesis anterior, según la cual una revolución triunfante en algún país capitalista altamente desarrollado podrá efectivamente transformar radicalmente el modelo soviético y privarle de su legitimidad? Y ¿una experiencia de tipo polaco debería estar condenada al fracaso en lo que se refiere a su incidencia en el resto del bloque? Los argumentos en su favor son bien fundados, pero el autor sobreestima las diferencias históricas, bien reales y artificiales, fabricadas por los aparatos propagandísticos *ad usum delphini*, y menosprecia las similitudes, que en nuestra opinión prevalecen. Durante los 40 años del régimen de democracias populares se cimenta-

ron las bases de unidad, de "fraternidad socialista" a pesar y en contra de la arrolladora propaganda oficial. La gente común y corriente siente más la similitud de su sistema político, de gestión económica, cultural, hasta las formas de vida y en consecuencia se identifica más con el destino común de los pueblos de esta parte de Europa que por ejemplo con la Europa Occidental. Subrayo este punto, pues se trata aquí de una realidad palpable por encima de las imaginaciones y preferencias deseadas. La "geopolítica" no es exclusivamente la esfera de los gobernantes, uno de los factores legitimadores del poder, sino es la realidad vivida y sentida por los pueblos. La revolución polaca, así como la húngara y la checoslovaca en el pasado reciente, demuestran su principal debilidad en no producirse simultáneamente en varios países del bloque y no poder hacer sus avances irreversibles. Por ello, la relativa facilidad para las burocracias gobernantes de sofocarlas por la fuerza, sea interna como en caso de Polonia en 1981, sea externa como sucedió en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968.

En este contexto se debe también refutar su apreciación de que la crisis polaca de 1980-81, desembocó en una catástrofe. Extraña tanto más esta afirmación, dado que Schaff demostró en otros aspectos de su análisis la máxima racionalización explicativa y los múltiples condicionamientos y en el caso polaco se "asustó" por este despliegue de las fuerzas revolucionarias, por su agitación masiva y el surgimiento de elementos "extremistas". El autor debe saber, como un buen conocedor de las experiencias revolucionarias, el funcionamiento de sus mecanismos, sus dinámicas propias por encima de la voluntad de sus dirigentes o protagonistas coyunturales, para no aterrorizarse por algunas "extravagancias", principalmente verbales. ¿Es acaso su actitud al respecto la prueba de un patriotismo de tipo comunista, capaz de oponerse a

la voluntad organizativa de toda la sociedad polaca y sus anhelos?

Otra cuestión de debate debería cernirse sobre el llamado "carácter social polaco". Son bien acertadas las descripciones de fenómenos patológicos sociales de Polonia, pero despiertan serias dudas sus explicaciones y, sobre todo, las conclusiones. Las manifestaciones de estos fenómenos ¿no son acaso, en cierto modo, las conductas de defensa individual y social, de escape a los condicionamientos existentes, brevemente, no son racionales porque son reales, para utilizar la conocida fórmula de Hegel? Ellas no deben presuponer que no podrán existir otras conductas, si las condiciones las permiten y la sociedad se convence de su valor, tal como sucedió en el breve período de "Solidaridad", cuando se modificó considerablemente este "carácter social", al cultivarse el compañerismo, la ayuda a los más necesitados, la participación en los asuntos públicos, inclusive la abstención alcohólica y el respeto a la propiedad social. La nación polaca no es en sí anárquica, desorganizada, desprovista de sentido de responsabilidad e imposible de gobernarse por sí misma, por falta de las tradiciones democráticas, tal como lo insinúa Schaff en concordancia con los esquemas oficiales preconizados por algunos sicólogos y publicistas del régimen. Pero aún más peligrosas pueden ser las conclusiones de estas tesis. Los postulados de que una nación no tiene suficientemente fuertes tradiciones democráticas y por consiguiente no es madura para gobernarse por sí misma, siempre han servido de justificación para los regímenes autoritarios. Y en el caso de un sistema presupuestamente "socialista", no son otra cosa que la negación de su esencia, por más sofismas que uno pueda inventar.

A pesar de estas observaciones críticas, la "lección polaca" destaca por la seriedad del análisis, la honestidad intelectual y su simpatía, con fuertes reservas, hacia una revolución pacífica que

se desarrolló en Polonia. En todo caso, su interpretación nos parece la más compleja que encontramos en lengua polaca.

Todo el libro será, sin duda, una fuente de profundas reflexiones y acalorados debates para todos aquellos que se sienten comprometidos por la causa de transformaciones de tipo socialista, democráticas y teóricamente abiertas a los impulsos innovadores. Para los estudiosos de la problemática comunista constituye ya una referencia obligatoria, por ser una crítica más a fondo, esclarecedora de los procesos ocultos en las deformaciones del modelo soviético: la crítica rigurosa emprendida desde las posiciones marxistas dentro del sistema. 

Jan Patula